

camino, dejando todo su haber á su hija María de la Barrera. Llegada ésta á España, tuve la buena suerte de casarme con ella, cuyo casamiento me valió 2,500 libras en barras de oro y plata, sin contar alhajas de mucho precio. Parecióme oportuno contar esto para que se vea la bondad de Dios con todos los que ponen en Él su confianza, porque habiéndome traído de las Indias en tanta necesidad y afrenta para el mundo, la mano de Dios me proporcionó en un momento más de lo que en mi vida había yo podido alcanzar con mi trabajo.

Después que salimos de México quedaron nuestros sambenitos en aquella catedral, con nuestros nombres escritos en ellos, según es uso y costumbre; que es y será memoria nuestra, mientras la iglesia romana domine en aquellas regiones. Lo mismo ha sucedido después con un Juan Chilton y otros de nuestra nación, dejados allá hace tiempo por Sir Juan Hakwinks. Y para que se sepa cuál fué el motivo de haberme castigado así los clérigos, lo referiré brevemente.

Sucedió, pues, que estando en México, comiendo á la mesa en compañía de mucha gente principal, comenzaron á decirme, que pues yo era inglés, les informase si era cierto que en Inglaterra habían destruido todas las iglesias y casas religiosas: si las imágenes

de los santos del cielo que estaban en ellas habían sido derribadas, rotas y quemadas, y en ciertas partes hasta habían empedrado con ellas los caminos; y si era verdad que la nación inglesa había negado la obediencia al Papa de Roma, según les habían asegurado sus amigos de España. Respondí que todo era cierto: que en Inglaterra habían derribado todos los monasterios de frailes y monjas, y echado fuera y suprimido todas las imágenes que estaban en las iglesias ó en otros lugares; porque decían allá que hacerlas y ponerlas donde fuesen adoradas, era claramente contrario al mandamiento expreso de Dios Todopoderoso, que dijo: "No harás para tí imagen de escultura," &c.; (1) y por tal causa no creyeron lícito tenerlas en la iglesia, que es casa de adoración. Uno de los que oyeron estas palabras, que fué Gonzalo Cerezo, mi amo, dijo que si era contra el mandamiento de Dios tener imágenes en las iglesias, había él gastado mucha cantidad de dinero en balde, porque hacía dos años que había hecho para el convento de Santo Domingo de la misma ciudad de México, una imagen de Nuestra Señora, de puro oro y plata, con perlas y piedras preciosas, que le costó sie-

[1] Exod. XX. 4.—Deut. v. S.

te mil y pico de pesos; lo cual era cierto y la he visto allí muchas veces. Hallábase á la mesa otro caballero, quien presumiendo defender la causa mejor que cualquiera otro de los presentes, dijo que muy bien sabía que las imágenes no eran más que leños y piedras, y que en manera alguna eran adoradas; pero que se les debía cierta veneración cuando eran puestas en la iglesia, en la cual se ponían como un objeto loable, como era que sirviesen de libros á los ignorantes, haciéndoles comprender la gloria que los santos gozan en el cielo; y también como representación suya para recordarnos que les pidamos su intercesión con Dios; porque somos tan miserables pecadores que no somos dignos de comparecer ante El, y por medio de la devoción á los santos del cielo; pueden ellos obtener más presto de Dios lo que le pedimos. . . . (1)

Conocieron que aquella plática era contraria á la doctrina católica, por lo cual se determinó no hablar más de ello, y habría quedado olvidada, á no ser por un malvado portugués que se hallaba presente, y dijo: «Basta ser inglés para saber todo esto y

(1) Del culto de las imágenes se pasó á disputar sobre la intercesión de los santos. He creído que la traducción ganaría en brevedad y nada perdería en interés suprimiendo este pasaje, inconducente á nuestro objeto.

más;» (1) y al otro día, sin dar parte á nadie, se fué al arzobispo y á su provisor, y les refirió cómo en una casa donde había estado la víspera había un inglés que decía no haber necesidad de santos en la iglesia, ni de encomendarse á ellos. A consecuencia de esta denuncia fuí preso, no por otra cosa sino por las palabras referidas, y me castigaron como queda dicho.

Viniendo ahora á decir algo de la disposición de la tierra, háse de saber que el puerto de San Juan de Ulúa es una isleta de orillas bajas, cuyo mayor largo ó ancho no pasa de un tiro de ballesta, y dista de la tierra firme un cuarto de milla. En mi tiempo no había en toda la isla más que una casa, y una capilla para decir misa. El lado frente á tierra está hecho á mano con piedra arenisca y cascajo, y tiene cuatro brazas de fondo, de suerte que los buques grandes que llegan, andan tan cerca de la orilla, que se puede saltar á la isla desde el espolón. Usan poner gruesas cadenas de hierro en las amarras, con una ancla al lado de tierra, y todo ello apenas basta para asegurar bien los navíos, por temor de los vientos nortes que barren desde la costa de la Florida y á veces se han llevado bar-

(1) Estas palabras se hallan en castellano en el original.

cos y casas y todo á la costa. El rey acostumbra tener allí veinte negros robustos, empleados únicamente en reparar dicha isla, cuando los temporales la derribaban. Toda la tierra vecina es llana, y á una milla del mar se halla un gran bosque, poblado de ciervos; de manera que cuando las tripulaciones quieren, van al bosque, matan de aquellos animales, y los traen á bordo para regalarse con su carne.

De este puerto á la ciudad inmediata, llamada la Veracruz, hay cinco leguas de camino, casi todo por la costa hasta llegar á una legua del lugar, que entonces se interna uno en la tierra por un bosque, á encontrar un riachuelo, á orillas de la población, que una parte del año queda seco del todo. En mi tiempo la Veracruz no pasaba de trescientos vecinos, y sólo servía para que la gente de mar contratara y desembarcara las mercancías para entregarlas á sus dueños, así como que éstos y sus factores recibiesen de los capitanes de los barcos sus cargamentos. La ciudad está también en llano, con el río por un lado y por el otro rodeada de arena amontonada por las tempestades que con frecuencia vienen sobre aquellas costas. Es además muy mal sana, y en mi tiempo muchos marineros y oficiales de los buques, morían de las enferme-

dades que allí reinan, en especial los que no estaban aclimatados ni conocían el peligro, sino que andaban al sol en medio del día, y comían sin moderación las frutas del país; mucho más si de recién llegados se daban á las mujeres; de donde les venían fiebres agudas, de que muy pocos escapaban.

A media jornada de Veracruz, camino de México, está una venta de cinco ó seis casas, llamada la Rinconada, y allí se encuentra una gran pirámide (pinade) de cal y canto, donde los indios acostumbraban hacer sacrificios á sus dioses. De Veracruz á este lugar es terreno llano y también enfermizo; pero andando otra media jornada, ya que se empieza á entrar en las tierras altas, se halla un país tan hermoso, tan bueno y tan agradable como el que más en el mundo; y conforme se avanza, mejor y más agradable es. Al fin se llega á la Puebla de los Angeles, que puede estar á cuarenta y tres leguas de la Veracruz, y en mi tiempo era ciudad de unos seiscientos vecinos, asentada en buen terreno. Entre Veracruz y la Puebla se pasa por muchas ciudades y pueblos de indios, praderas excelentes, ríos de aguas frescas, bosques y grandes selvas, muy agradables de ver. De Puebla de los Angeles á México hay

veinte leguas, de muy buena tierra, como se ha dicho. México era entonces una ciudad que no pasaba de mil quinientas casas de españoles vecinos; pero indios avecindados en los barrios había trescientos mil, y aun más, según me dijeron. La ciudad de México está á sesenta y cinco leguas del mar del Norte, y setenta y cinco del mar del Sur, de manera que se halla en el centro de la tierra firme entre ambos mares. Tiene su asiento en medio de una laguna de agua estancada que la rodea, aunque tiene muchas salidas por anchas calzadas que atraviesan la dicha laguna. Ciudad y laguna están rodeadas de altas montañas que miden cosa de treinta leguas de circuito; y en un gran llano que forman en el medio, es donde se hallan la ciudad y la laguna: el agua estancada de ésta viene de las lluvias que caen de las montañas y baja á reunirse á aquel lugar,

Todo el asiento de la ciudad es en terreno muy llano. En el centro de ella hay una plaza cuadrada, de un buen tiro de ballesta por cada lado, y en medio de la plaza está la Catedral, muy hermosa toda y bien construida, aunque entonces estaba todavía á medio acabar. Al rededor de la misma plaza hay muy buenas casas: en un lado están las que habitaba aquel gran rey de México,

Moctezuma, y ahora las ocupan los virreyes que el rey de España envía allá cada tres años. En mi tiempo era virrey un caballero llamado D. Luis de Velasco. Al otro lado de la plaza y enfrente de aquellas casas, están las del obispo, muy bien labradas, y otras muchas de buena fábrica. En seguida hay otras muy hermosas, levantadas por el marqués del Valle, D. Hernando Cortés, que fué el primero que conquistó aquella ciudad y tierra. Después de haber hecho esa conquista, con gran fatiga y trabajo de su persona, y riesgo de su vida, habiéndose engrandecido en aquella tierra, hízole llamar el rey de España, diciéndole que tenía que conferir con él algunos negocios. Y cuando vino á su país, no le cumplió el rey la promesa que le tenía hecha de dejarlo volver. De lo cual tomó tal pena, que murió, y ésta fué la recompensa que tuvo por sus buenos servicios

Las calles de la ciudad de México son muy anchas y rectas; de manera que quien está en la plaza mayor al extremo de una calle, registra con la vista una buena milla por lo menos. En toda una parte de las calles del Norte de la ciudad, corre un lindo caño de agua muy clara, de la que cada vecino puede tomar para su casa toda la que quiere, sin más costo que el de meterla.

Hay también un gran foso ó acequia que atraviesa la ciudad entera y aun la plaza mayor, por donde vienen todas las mañanas al amanecer, veinte ó treinta canoas ó artesas de los indios, en las que traen para la ciudad todo cuanto se produce ó fabrica en el campo, lo cual es gran comodidad para los vecinos. En cuanto á los víveres, como vaca, carnero, gallinas, capones, codornices, pavos y otros semejantes, son todos muy baratos, á saber: un cuarto de vaca, que es cuanto puede traer á cuestas un esclavo desde la carnicería, vale cinco tomines, que son cinco reales de plata y hacen justo dos chelines y seis peniques de nuestra moneda: un carnero gordo vale en la carnicería tres reales solamente, ó sean diez y ocho peniques. El pan es tan barato como en España, y todas las frutas, como manzanas, peras, granadas y membrillos se consiguen á precios moderados. La ciudad va muy aprisa en edificar conventos de monjas y frailes, é iglesias y lleva trazas de ser con el tiempo la ciudad más populosa del mundo, según se cree. El clima es siempre muy templado y la duración del día sólo difiere una hora en todo el año. Están constantemente verdes los campos y bosques: éstos se ven llenos de papagayos y otras muchas especies de aves,

que alegran á cualquiera con la armonía de sus cantos y voces. En los campos se perciben unos aromas de yerbas y flores, que causan gran placer á los sentidos.

En los contornos de la ciudad, á dos, tres y cuatro leguas, hay diversos pueblos de indios, algunos de cuatro ó seis mil vecinos, y están asentados en tan buen suelo, que si cristianos (1) los poblaran, producirían mucho más. En mi tiempo vivían todavía en México muchos ancianos que fueron de los primeros conquistadores con Hernán Cortés; porque hacía treinta y seis años solamente que aquella tierra había sido conquistada.

En las cercanías de México hay varias minas de plata, y lo mismo en otras partes pero las principales de la Nueva España son las de Zacatecas, á ochenta leguas de México, y las de San Martín á treinta, ambas al N. O. donde hay grandes cantidades de oro y plata. También hay una provincia llamada la Mixteca, cincuenta leguas al N. O. (sic), que produce gran cantidad de muy buena seda y grana. Vino y aceite no los produce la tierra y sólo hay el que se

(1) Sin duda que el autor emplea aquí la pabra *cristianos* como equivalente á *Españoles ó Europeos*, en contraposición á *indios*, pues en realidad *cristianos* eran ya entonces todos los indios de los alrededores de México.

lleva de España. También se dan en el país excelentes frutas que nosotros no conocemos, como plátanos, guayabas, zapotes, tunas, y en los bosques gran cantidad de cerezas negras (capulines?) y otras frutas saludables. La grana no es un gusano ó mosca como algunos dicen, sino una frutilla producida por unos arbustos silvestres; y que se recoge en cierta estación del año cuando está madura. Así mismo el añil que viene de allá para teñir de azul, es una planta que crece sin cultivo. y en cierta época del año se recoge, se quema y de sus cenizas, mezcladas con otros ingredientes, se hace el añil. Produce igualmente aquella tierra bálsamo, zarzaparrilla, cañafistola, azúcar, cueros de res y otras muchas cosas buenas y útiles que todos los años se traen á España, y allá se venden y se distribuyen á otros muchos países.

ROBERTO TOMSON.



II.

VIAJE DE ROGERIO BODENHAM
A SAN JUAN DE ULUA
EN EL GOLFO DE MEXICO, EL AÑO DE 1564. (*)

YO, Rogerio Bodenham, después de vivir largo tiempo en la ciudad de Sevilla, donde me había casado, y teniendo con ocasión de mi residencia en aquella ciudad, continuo trato y comercio con los Estados de Berberia, vine á sufrir grandes pérdidas y á verme en apuros, á consecuencia del nuevo comercio que establecí con la ciudad de Fez. Vuelto con tal motivo á España, empecé á discurrir conmigo mismo, de qué manera podría levantarme y recobrar mi fortuna, y por último, con ayuda de mis amigos, adquirí un barco llamado "The barke Tox" del puerto de Londres, y de porte de 160 á 180 toneladas, con el cual hice un viaje á las Indias

[*] Artículo publicado en el "BOLETIN DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA," 2ª época, tomo 1º, pág. 445.